

terminología con la que algunas de estas sectas formulan sus doctrinas es exagerada, obsesivamente sexual y/o antisexual. En el clima enfebrecido de la época, se pasa, a veces sin solución de continuidad, del auténtico “maltratar la carne” de algunos encratitas a una suerte de ascetismo libertino, en maníacas oscilaciones. “Ecco dunque l’immortalità raggiunta attraverso il coito eretto a sistema” comenta el A (cf. p. 100), no sin ironía; y un poco más adelante, nos habla de una “effusione mistica dello sperma”. En efecto, los flujos femeninos y masculinos, menstruación y esperma, constituyen, en esta dialéctica entre libertinos y encratitas, objeto de una fascinación entreverada de horror. En muchos casos, no se puede por menos que constatar verdaderas turbulencias neuróticas.

* * * * *

M. CAMPS GASET, ERNEST MARCOS & SERGI GRAU (eds.), *Textos literaris bizantins. Dels orígens al segle X* (Antologia bilingüe), Universitat de Barcelona 2001, 281 pp.

La función y la utilidad de esta *Antología* son, fundamentalmente, de naturaleza escolar. Como indica M. Camps en la “Introducción” (p. i), se trataba de contrarrestar “l’impediment de fer una literatura sense textos; l’edició grega costava de trobar, i les traduccions eren poques i en llengües no sempre a l’abast de tothom”; por lo tanto, había que “seleccionar, d’entre la gran abundància de textos i autors, alguns de prou significatius, tot i ser conscients de la subjectivitat i opinabilitat de la tria...” (*ibidem*). Tras un muy sugestivo capítulo introductorio (“De Constantí el Gran a Constantí VII Porfirogènet: La construcció d’una identitat bizantina”, pp. 1-9), que me propongo comentar *infra*, dieciocho capítulos se consagran a otros tantos autores (o, en un caso, a una obra anónima: el cap. viii, dedicado al Himno *Acátisto*). Cada capítulo presenta idéntico esquema: una introducción sobre el autor y su obra (concisa, pero por lo general suficientemente informativa); los textos y la traducción catalana, en páginas enfrentadas; las notas (a veces demasiado escuetas: en ciertos casos se habría agradecido una extensión algo mayor) y una bibliografía –mínima, pero eminentemente sensata y útil. Los textos, naturalmente, carecen de aparato crítico: han sido fotocopiados de las mejores ediciones, las ediciones

de referencia; y su disparidad tipográfica, inevitable, no molestará a nadie que se detenga a pensar un instante en la enorme utilidad de semejante instrumento de trabajo.

Forzando un poco la disposición estricta –y razonablemente– cronológica de la *Antología*, me atrevería, por mi cuenta y riesgo, a clasificar a los autores en varios grupos: **a)** aquellos que muchas veces se suelen denominar tardo-antiguos: Libanio de Antioquía, maestro de retórica de todo el Medioevo bizantino, y Sinesio de Cirene, el filósofo neoplatónico que ciñó, en el atardecer de su vida, la mitra episcopal; **b)** dos bizantinos del período clásico, el patriarca Focio –a quien me habría gustado ver dedicado más espacio– y el emperador Constantino VII Porfirogéneta; **c)** entre ambos extremos, catorce capítulos que se podrían distribuir –un poco arbitrariamente– en obras litúrgico-religiosas e historiadores. Constituyen el primer grupo la poesía cristiana primitiva, Gregorio Nacianceno, la emperatriz Eudocia, el Himno *Acátisto* y Romano el Melodo (las dos cumbres poéticas indiscutibles de la *Antología*), Andrés de Creta, Juan Damasceno, Teodoro Estudita y Casia (los dos últimos, absurdamente sobrerrepresentados, por lo menos en mi opinión). Los historiadores (no entraré en la distinción entre autores clasicizantes y cronistas eclesiásticos, que para muchos –aunque no, ciertamente, para el presente reseñador– carece ya de pertinencia) son Eusebio de Cesarea, Procopio (una selección más generosa de ambos habría sido bien recibida), Juan Malalas, Teofilacto Simocatta y Teófanos el Confesor. Aquí se echan en falta, claramente, Sócrates Escolástico, Sozómeno, Eunapio de Sardes, Zósimo y algunos otros, cuyo interés, para la mayoría de presuntos destinatarios del volumen, supera al de bastantes textos del apartado anterior. Tampoco la ausencia de la *Antología Palatina* resultaría demasiado fácil de justificar. Pero son éstos gajes de cualquier selección.

Otra cuestión, debatible y compleja, la constituyen los límites cronológicos de la antología. La presencia de autores tardo-antiguos, tanto paganos como cristianos (una distinción que, en algunos casos, como el de Sinesio, apenas tiene sentido), parecerá razonable y bienvenida (supongo) a casi todo el mundo; en cambio, la decisión de cerrar el volumen con Constantino VII, en plena era macedónica, resulta muy

objetable. Lo lógico habría sido o bien poner el punto final con el humanismo del siglo IX y la *Biblioteca* de Focio (como hacía el clásico manual de Salvatore Impellizzeri) o bien llegar, por lo menos, hasta la IV Cruzada. Imagino que justificar esta arriesgada elección constituye uno de los objetivos del Capítulo I, que me parece recomendable, sobre todo, por la claridad con la que esboza un rápido cuadro de algo tan complicado como las querellas teológicas (trinitarias, cristológicas, etc.) que atormentaron los primeros siglos de Bizancio (y que han contribuido, por cierto, como ningún otro elemento, a fijar la imagen tópica y despectiva de “lo bizantino” y “los bizantinismos”) y de su complejo trasfondo de luchas por el poder entre el *basileus*, los patriarcados, la aristocracia senatorial, los monjes, el ejército y las distintas –y frecuentemente enfrentadas– regiones del inmenso Imperio. Quisiera llamar la atención, en todo caso, acerca de otro pequeño *décalage*: esta introducción trata sobre todo de cuestiones *teológicas*, apenas recogidas en la *Antología* subsiguiente –rica, en cambio, en textos *litúrgicos*, que quizás merecieran mayor elucidación. Por otra parte, también estas páginas sugerirían, a mi entender, no dar cabida en la selección a la dinastía macedónica: concluyen precisamente con el Sínodo de marzo de 843, que pone punto final a la querella iconoclasta y estabiliza definitivamente a la Ortodoxia en su versión clásica.

Pero éstas son objeciones de alcance muy menor; no impiden, en modo alguno, la utilidad introductoria y didáctica del volumen, que parece fuera de toda duda.

Jaume Pòrtulas
Universitat de Barcelona

* * * * *